

completas: Citarémos aun las *Fuentes de las Ciencias* y un compendio de la historia literaria con este título: *Meditaciones filosóficas acerca de las diversas clases de los pueblos*, es decir, de los árabes, persas y turcos. Esta obra es tan preciosa para la historia literaria de estos pueblos como lo es para la bibliografía otomana el *Nuevo Monumento*. Ella contiene los títulos de quinientas obras escritas en aquel siglo. Este último trabajo bibliográfico de la literatura otomana se terminó en el año de la muerte del célebre gran visir Raghíb-Bajá. El mismo mereció el dictado que conserva entre los sabios de su patria de *sultan de los poetas*: además de sus obras históricas y diplomáticas dejó un *divan* ó coleccion de *ghazeles*, poesías filosóficas, y otra de poesías meditativas llamada el *Navío*, por alusion á las riquezas del alma contenidas en esta recopilacion. Los otomanos, dice el historiador turco Wassif, colocan á este grande hombre á la altura de Kiuperli como hombre de Estado, de Ibn-Ayas como historiador, de Hafiz como poeta, de Platon como filósofo.

Como hombre político presintió el primero que Federico II fundaba en el Norte de la Alemania con la nueva monarquía prusiana un contrapeso para el Austria, antigua y poderosa enemiga del imperio otomano. El Gran Federico, cuyo talento militar y

literario admiraba, y cuya alianza solicitaba, le parecía que iba á ser muy pronto mediador y árbitro entre los rusos, los austriacos y los otomanos. Este exacto pensamiento no pereció del todo con Raghíb, y hubiera sido la prenda de paz y la salvacion del imperio, si Federico II, émulo de Raghíb, como poeta y escritor, lo hubiese igualado en franqueza, en desinterés y en virtud. Pero el grande hombre de Prusia no era mas que un político, y el del imperio otomano era un hombre de bien.

Pronto veremos en el curso de esta historia como la codicia de despedazar la Polonia apartó á Federico y á su sucesor de la política leal y saludable que Raghíb asignaba en su pensamiento á este soberano.

## XXI

Hamid-Hamza le sucedió en el gobierno del imperio. Era este hijo de Deweli-Hissar, mercader de un pueblecillo de Asia. Secretario íntimo de Raghíb por espacio de mucho tiempo, ministro de Relaciones Exteriores y encargado de los negocios, del imperio durante la larga enfermedad de este grande hom-

bre, Hamid-Hamza, indicado al sultan por el moribundo, recibió el sello como un legado. El sultan creia poseer con el discípulo el talento de Raghíb, pero solo halló en él sus tradiciones sin su genio.

« Fué uno de esos hombres » dice Wassif, que pasan sin dejar en pos de sí huella buena ni mala. « Durante los seis meses de su ministerio y el de sus numerosos y precarios sucesores, el divan continuó halagando á la Prusia que logró acreditar en Constantinopla un ministro residente. La Francia por la inercia voluptuosa de Luis XV y por sus condescendencias con el Austria, no ofrecia á la Turquía el contrapeso y el aplomo que el imperio otomano habia hallado hasta entónces en esta nacion; el Austria se presentaba cada vez mas activa, la Polonia mas variable, la Rusia mas amenazadora.

La separacion de la alianza íntima con la Puerta, la ambicion de Federico II, la presion de la Rusia sobre Varsovia, la connivencia del gabinete de Viena en los proyectos, aun vagos, pero ya forjados para el reparto de la Polonia, en fin las intrigas prusianas en Crimea con el khan de los tártaros, creaban en Occidente una confusion de intereses, de lenguaje, de alianzas, de peligros, en la cual, el candor otomano tenia dificultad para discernir los amigos de los enemigos. La Rusia, sobre todo, se habia engrande-

cido en cuarenta años mas que en tres siglos. La desaparicion de la Francia, y dos nuevas y grandes potencias, la Prusia y la Rusia que surgian de repente en el Norte, podian desorientar con razon por mucho tiempo á la diplomacia de los otomanos. A pesar de los consejos de dos aventureros franceses consultados por el divan, el conde de Bonneval hecho bajá, y el baron de Tott, empleado en la fortificacion de los Dardanelos y en las negociaciones, los turcos no tenian ya el genio de Raghíb para iluminarlos en estas tinieblas.

Tratemos de penetrarlas con una rápida mirada dirigida á las córtes del Norte, desde la muerte de la emperatriz Ana de Rusia, sobrina de Pedro el Grande, y el advenimiento del gran Federico. Se verá como las costumbres, las revoluciones y los crímenes en estas córtes del Norte de Europa, bajo la aparente civilizacion, cuyo nombre afectaban, eran mas bárbaras que la supuesta barbarie del Oriente. En las peripecias del trono de Rusia y en las tragedias de la córte de Berlin se cree ver reproducidos los anales de las dos razas soberanas de Babilonia.

Ana, subiendo al trono por encima de los cadáveres de todos los extranjeros, y la violenta deposicion de los herederos legítimos, ántes de lanzar su último suspiro, habia legado el trono á Ivan, niño de

algunos meses, hijo de su sobrina la duquesa de Mecklemburgo, que recibió en su cuna el juramento de fidelidad.

Biren, este feroz favorito de la emperatriz difunta, creía reinar aun despues de ella por el terror, bajo el nombre de este niño. El general de las tropas de vuelta de Crimea, el ambicioso y cruel Munich, su-bleva á sus soldados contra el rejente, sorprende el palacio durante la noche, penetra en su habitacion, lo despierta repentinamente con la espada en la garganta, lo ata desnudo con la ropa del lecho, hace prender á su mujer, ultrajada por sus soldados, y los envia al fondo de la Siberia, infierno de hielo de los criminales de Estado, á habitar un calabozo de madera, que él mismo dibuja, para torturar lentamente á su enemigo. La madre de Ivan, proclamada rejenta, usurpa el trono de su hijo y reina por Munich algunos dias. Pero cuatro conjuraciones sucesivas habian enseñado á los pretendientes y á los pretores del palacio como se escalaba en una noche el imperio sobre los cadáveres de los niños, de las mujeres y de los favoritos.

## XXIII

Una segunda hija de Pedro el Grande, Isabel, indignada de ver el trono usurpado á los Romanof, en provecho de la casa de Brunswick, conspira á su vez, une á su causa sesenta granaderos intrépidos veteranos del ejército de su hermano, corrompe ó embriaga con aguardiente á los guardias, asalta el palacio, corre á la cuna de Ivan lo levanta en sus brazos como para arrojarlo entre las bayonetas desnudas de los soldados que lo aguardan debajo de las ventanas, cuando la nodriza del niño, precipitándose á los piés de Isabel, la conjura perdone al inocente, y estiene un almohadon en el suelo, para disminuir el golpe de su caida.

Isabel, vencida por los gritos de la nodriza y por la sonrisa del niño, que tiende los brazos á sus asesinos, se arrepiente de su crimen ántes de llevarlo á cabo, lo coloca sobre el cojin y permite á la nodriza que le dé de mamar. La madre, el padre y el hijo conducidos de prision en prision tan pronto á las fronteras como al interior de la Rusia acaban por ser

olvidados del imperio. Los extranjeros sacrificados por segunda vez al viejo partido soldadesco y nacional, son asesinados ó desterrados por los granaderos que habian asaltado y usurpado el trono. Lascy, Lowendahl, Keit, Mansfeld, Golofkine, mueren ó se evaden con todo lo que no pertenece á la antigua sangre rusa. Munich, el que ántes proscribia, es proscrito á su vez en el mismo año, y enviado á Siberia á ocupar el calabozo que él mismo ha construido para Birren. Los dos enemigos, uno de ida, y otro de vuelta, se encuentran en un camino de Siberia y se insultan aun con la vista. Millares de extranjeros perecen en todas las ciudades de Rusia, por haber ido á introducir la disciplina, las leyes ó las artes á aquel pueblo orgulloso de su ignorancia.

Bestuchef, ruso formado en la escuela de aquellos extranjeros, reinó en la política como primer ministro; el paje Schuvalof, ruso tambien, reinó como favorito en el corazon de su soberana. A favor de la ausencia del rey de Sajonia en Polonia, Augusto III, que residia en Dresde, se acostumbró la córte de Rusia bajo Bestuchef, á reinar casi despóticamente sobre la Polonia en Varsovia. Mil intrigas se formaban allí en silencio para subir al trono de esta república á la muerte de Augusto. La mas poderosa de estas intrigas, era la de los príncipes de Czartoryski des-

cendientes de los Jagellones, dignos del trono por sus recuerdos y mas dignos aun por el talento, el patriotismo y la riqueza de sus miembros. La Inglaterra, la Francia, la Rusia, el Austria y la Prusia, tenian cada una sus manejos en la república.

La Inglaterra proponia á la córte de Rusia pagar cien mil rusos para intervenir á mano armada en la próxima eleccion de un rey de Polonia. Preferia la dominacion moscovita en Varsovia á la dominacion austriaca ó á la de los prusianos, que hubieran fortificado mas de lo necesario á la Alemania. La Francia, sin política y sin prevision de esta época de su monarquía, tomaba parte en apariencia en los proyectos de Lóndres. En secreto enviaba á Varsovia al conde de Broglie, negociador confidencial de Luis XV, para suscitar obstáculos á la Rusia. Un partido patriótico se agrupaba bajo sus auspicios confiando en la ayuda de la Francia y de la Prusia. En el momento del peligro la Francia aplazó indefinidamente el socorro de sus armas. Las dos facciones, la de la casa de Sajonia y la de los Czartoryski, luchaban en las confederaciones y en las dietas. Cada partido estaba condenado á inteligencias y protecciones del extranjero.

## XXIV

Un jóven polaco, sobrino y emisario de los príncipes de Czartoryski, iba, por consejo de sus tios, á combatir en San Petersburgo la predileccion de la emperatriz Isabel por la causa de la casa de Sajonia, y pronto venia á ser el mismo la causa involuntaria y fatal del aniquilamiento de su patria. Este ajente era el conde Estanislao Poniatowski, hijo de una hermana de Czartoryski. No se sabe que supersticion doméstica, fundada en una profecía de un italiano familiar de esta casa, auguraba un trono á Estanislao Poniatowski. Esta profecía, como sucede continuamente con las imaginaciones crédulas del Norte, habia decidido la suerte de este jóven que soñaba desde su adolescencia en la corona de su país. La naturaleza le habia dotado de una figura y una seduccion propias para realizar este sueño, si la corona de los sármatas debiera ser acordada por el amor de una mujer.

Esta mujer vivia en Petersburgo: era la que fué despues Catalina II, la Semiramis del Norte. Habíase

casado, á la edad de catorce años, con el gran duque de Holstein, que reunia la sangre de Carlos XII y la de Pedro el Grande, y habia sido llamado por la emperatriz Isabel á Petersburgo como heredero de su trono. Esta princesa era Catalina de Anhalt, hija de un pequeño príncipe soberano de Alemania, al servicio del rey de Prusia. Jamás princesa alguna, dicen los que visitaron en esta época la córte de Rusia, no llevó sobre su frente mas signos de seduccion, de majestad y del genio. La naturaleza la habia coronado ántes que la fortuna. De elevada estatura, airoso y elegante, llevando noblemente una cabeza griega sobre un cuello ondulante como el del cisne ó el del águila, frente espaciosa, ojos castaños ó azules segun el reflejo de la luz, nariz aguileña, los labios entreabiertos, los dientes brillantes, rostro ovalado, el timbre de la voz sonoro y argentino, la palabra pronta y adecuada, la pasion de agradar sobrepujando en su fisonomía á la ambicion de mandar: tal es el retrato que los escritores mas imparciales nos trazan en 1756, de esta princesa. Sus enemigos no la representaban ménos perfecta que sus aduladores; ó por mejor si bien no se podia adularla; tan aventajada habia salido de manos de la naturaleza!

## XXV

El gran duque que se le habia dado por esposo era el contraste mas acabado de las gracias y el talento privilegiado de tal mujer. Diforme de facciones, extravagante en su carácter, frio de corazon, tosco en sus modales, maniático en sus gustos, pueril en sus costumbres y ménos militar que soldadesco en sus pretensiones, no recordaba á su abuelo Pedro el Grande, mas que por la ruda corteza del bárbaro sin la sávia del genio que habia animado al tronco de su raza. Afectaba por el gran Federico de Prusia, este perfecto soldado de la moderna Alemania, una adoracion fanática, pero ciega, que queria apropiarse el genio táctico del veterano de los reyes, formando á imitacion suya un ejército de autómatas disciplinados. El uniforme, el ejercicio, la maniobra y las puntualidades serviles del cuartel eran sus únicas ocupaciones. Tanto le distraian estas, que le hacian olvidar á la gran duquesa, demasiado superior á él para no humillar á tal esposo. Este preferia las aficiones vulgares mas parecidas á la licencia que al amor.

Su favorita declarada era la condesa Woronzof, mujer orgullosa, que hacia alarde de su deshonor. Despues de ocho años de casada, ningun hijo habia podido asegurar el derecho hereditario de la dinastía. Isabel, emperatriz reinante, se alarmaba por ella y por el trono, con esta esterilidad que podia entibiar el amor de los rusos hácia su soberano, y motivar alguna nueva tentativa para usurpar el trono. Se asegura que un amor clandestino y político, mandado mas bien que insinuado por el canciller Bestuchef á Catalina, dió un heredero ilegítimo á la casa reinante. La jóven princesa, á quien una cláusula de su contrato de matrimonio aseguraba el imperio en el caso en que sobreviviese á su marido sin haber tenido sucesion, sintió mas pena que placer con la fecundidad que interponia un hijo entre su ambicion y el trono. El amor no nació en su corazon hasta que apareció en la córte de Rusia el hermoso Poniatowski. Sabedores los Czartoryski de la pasion que habia inspirado á Catalina su sobrino, y viendo á lo léjos en este favor de la futura emperatriz de Rusia la perspectiva de un trono en Polonia para su familia, lograron hacer nombrar á Poniatowski, embajador de Polonia en Petersburgo. Este destino, fijaba su residencia en la córte de Isabel.

## XXVI

Sorprendido una noche en los jardines de la casa de campo del gran duque en el momento en que esperaba la hora de una entrevista secreta con Catalina, Poniatowski encerrado primero por el ofendido marido en un calabozo, puesto despues en libertad por el gran duque, llamado por fin á Polonia á petición de Isabel y severamente proscrito de la córte de Rusia, dejó á Catalina durante su larga ausencia sumida en el llanto y en la soledad. En esta desgracia y en este aislamiento, la gran duquesa concentrada en su dolor y en su ambicion, rodeada de algunos de sus confidentes, meditó los grandes crímenes con que iba á asombrar mas tarde al mundo.

## XXVII

Isabel, sobre su lecho de muerte, habia exigido una reconciliacion aparente del gran duque con su

culpable mujer. Pero apénas habia lanzado la emperatriz su último suspiro cuando Pedro III, poseedor incontestable del trono, amenazó con repudiar á su mujer y declarar la ilegitimidad de su hijo. Catalina, relegada á una casa de campo no distante de la capital, esperaba, en las angustias de la incertidumbre, la suerte que el czar, su esposo, la preparaba.

Pedro III, en seis meses de un reinado de capricho, mas semejante á un acceso de demencia que á un gobierno, habia disgustado al antiguo partido ruso con sus imitaciones prusianas, se habia enagenado el clero, habia escandalizado al pueblo, fatigado al ejército, aterrado á los grandes, que temian por su existencia, y transformado á Petersburgo en cuartel y el palacio en teatro de orgías. Se preparaba á llevar cien mil rusos á Holstein, para mostrarse á su primera patria con el aparato guerrero de señor de un grande imperio y para humillar á la Dinamarca, que habia hasta entónces humillado á su vez el Holstein. Habia hecho volver de Petersburgo al príncipe Soltikof, designado por el rumor público como padre del hijo de Catalina; se dice, que lo apremiaba para que confesase sus relaciones culpables con la princesa, y que aspiraba á hacer condenar á su mujer por crimen de adulterio, para repudiarla y casarse con su querida.

Ya no tenia Catalina apoyo en la córte, pero la com-

pasion y el descontento público la creaban un partido inmenso en el pueblo y en el clero. Un amor oculto, que habia sucedido en su corazon, á las lágrimas vertidas por Poniatowski, le preparaba uno mas eficaz en el ejército. Era el objeto de este amor el conde de Orlof, el mas bello de seis hermanos de una familia de caballeros pobres del Norte de Rusia, en quien la estatura, la fuerza y la gracia excedian las proporciones ordinarias de la raza humana. Orlof servia, así como sus cinco hermanos, en los regimientos de guardias. Hecho ayudante de campo del general de artillería, despues capitán tesorero de su cuerpo, habia fascinado á la gran duquesa. Por mediacion de uno de sus confidentes, y en una casa en donde nadie podia sospechar su rango, Catalina, con un traje grosero y un nombre supuesto, habia tenido algunas conversaciones con Orlof, y le habia inspirado la pasion que ella misma sentia hacia él.

Durante el largo misterio de estas relaciones, nada habia revelado á Orlof el objeto anónimo de su amor; jamás habia visto á la princesa, á quien su desgracia tenia alejada, muchos años hacia, de la córte. La reconoció por primera vez en el trono en las ceremonias que hubieron lugar despues de la muerte de Isabel. Mudo de sorpresa y terror acrecentóse su amor con el respeto, y continuó viendo secretamente como

emperatriz á la que habia adorado como mujer. Los peligros de Catalina, y los suyos propios, si era descubierto, aseguraban su discrecion. Confidente de los ultrajes que amenazaban á la emperatriz, habia urdido con ella la trama atrevida de una conjuracion que debia llevar á Catalina al trono ó al cadalso. El tesoro militar de que él disponia, la connivencia de sus cinco hermanos, oficiales ó cadetes ya populares en la guardia, en fin la locura del emperador y el descontento de las tropas le procuraban de antemano muchos cómplices. La audacia de Catalina y la seduccion de sus lágrimas debian consumir una revolucion empezada por el amor.

## XXVIII

Un sencillo cosaco, Rozamuski, hecho en tiempo de Isabel hetman de su nacion, favorito del emperador y querido del pueblo, fué sondeado por Orlof, y prometió vender, á una señal convenida, la confianza que en él tenia Pedro III. La jóven princesa Dachkof, mujer intrigante que tenia, como todos los esclavos, la pasion de las conjuraciones, tomó á su



carga el seducir al clero superior y al arzobispo de Novogorod, que tenia mucha influencia en el pueblo. El conde Panin, político consumado en la cábala, gobernador del jóven gran duque, y enamorado de la princesa Dachkof, despues de haberlo sido de su madre, se vió unido á la conspiracion por el amor.

Siniestros rumores, propalados hábilmente sobre proyectados sublevamientos en las provincias extremas del imperio, comenzaron á alarmar la opinion ántes de alterarla. La inquietud del pueblo es en todas partes el primer auxiliar de los conjurados y el indicio mas seguro de las revoluciones. Si el asesinato del emperador era necesario, los asesinos estaban ya dispuestos; pues dos oficiales de la guardia, Passek y Bachekakof, habian ofrecido su puñal á la emperatriz que no habia aceptado tan odioso socorro. Estos dos asesinos sin embargo, habian aguardado á Pedro III en una islita del Nawa á donde solia ir por las tardes á pasearse con su favorita. El conde Panin habia llevado unos cuantos conjurados á los apartamentos del emperador durante su ausencia para enseñarles las salidas del cuarto y la cama en donde debian buscar su víctima. La hora apremiaba, y tantos confidentes podian divulgar el proyecto ántes de ejecutarlo. Una indiscrecion de Passek que no pudo contener su cólera contra un soldado, descubrió á

Pedro la conspiracion. Hallábase á la sazón á doce leguas de Petersburgo, en una de sus casas de recreo; la emperatriz, para disimular mejor su complicidad, estaba tambien á seis leguas de la ciudad, retirada casi sola en otra casa imperial.

El arresto de Passek que llegó al punto á oídos de la princesa Dachkof, la hizo volar á Petersburgo disfrazada de hombre para evitar con una explosion repentina la vuelta del emperador y el suplicio de los conjurados. Estimula á Panin, arenga en un cuartel á los principales conjurados, y envia á la residencia de la emperatriz á un hermano de Orlof, llamado el Balafre (el acuchillado), con una carta que no contenia mas que estas palabras: « Venid señora, ó todo « está perdido. »

Este mensajero llegó por los jardines sin ser visto al pabellon aislado que ocupaba la emperatriz, la despierta, la dice una sola palabra, y vuelve á partir á galope para la ciudad. Catalina se mete en el carruaje de un campesino, que la princesa Dachkof tenia preparado hacia algunos dias en una casita contigua al palacio, bien fuese para huir, bien fuese para reinar segun lo dispusiera el hado. Los caballos se llevan á la emperatriz hácia Petersburgo acompañada por una sola sirviente. El carruaje atraviesa á galope la ciudad ántes de que se despierten sus habi-

tantes. Se apea en una plaza de armas delante de los cuarteles; los soldados llenos de sorpresa y á medio vestirse agrupan en su derredor; ella dice su nombre; caen ellos á sus piés, les habla, juran morir por ella; se le reune el pérfido hetman Rozamuski, que arrastra consigo á los cosacos por medio de Volkonski, Schuvalof, Bruce y Strogonof, todos iniciados en la trama, sin mas esperanza ya de salvarse que con una repentina explosion. Quieren proclamar á Catalina regente:

« ¡No! ¡no! » exclama Orlof, cuya intriga con su soberana era de todos desconocida; « guardémosnos « de esponer nuestra cabeza haciendo las cosas á me- « dias para tener que comenzar otro dia de nuevo. « Al primero que hable de regencia le pego yo mis- « mo de puñaladas. »

Los vivos á la emperatriz recorren las filas de los soldados, que empuñan las armas, y yendo de cuartel en cuartel, arrastran ántes de salir el sol á todas las tropas y al pueblo á la corriente unánime de la revolucion. Catalina escoltada por su ejército, vuelve á montar en su carruaje de campaña, se dirige á la iglesia, en donde el clero la consagra, toma posesion del palacio, presenta su hijo al pueblo desde un balcon, y hace bivaquear los regimientos con cañones en todas las avenidas para impedir al emperador la entrada en la capital. En seguida, quitándose su traje

de mujer, se pone el uniforme de sus guardias, monta á caballo y sale á la cabeza del ejército en busca del czar.

## XXIX

Semejante á los emperadores romanos, sorprendidos fuera de la ciudad por una sublevacion del campamento y un destronamiento, prelude de la muerte, Pedro III, en la quinta de recreo de Oranienbaum, vacilaba entre los pensamientos contrarios que asaltaron al mismo Napoleon en Fontainebleau, y que en el choque de las dudas y las resoluciones dejan huir la ocasion perdiendo el imperio y frecuentemente con él la vida. Un momento llega en que la fortuna es siempre mas fuerte que el hombre.

Pedro III, no queriendo al principio dar crédito á los rumores de trastornos que le llegaban de Petersburgo, los habia atribuido á un terror pánico de sus partidarios, habia montado en carruaje descubierto de paseo con su querida, las mujeres de su licenciosa córte, algunos familiares y el embajador de